

Manuel Machado

en páginas de GERONA

por José M.^a BALCELLS

En el diario «El Pirineo», con fecha siete de noviembre de 1942, A. del Hoyo Torrens publica una entrevista que sostuvo en Madrid con Manuel Machado. Las declaraciones del escritor sevillano corroboran e ilustran algunos aspectos de su biografía y quehacer literario. El poeta contesta así la primera pregunta del periodista: «...desde muy niño sentí una irresistible inclinación por la literatura y, especialmente, por la poesía. A los quince años había escrito ya algunos versos cómicos y un par de comedias que, naturalmente, no se han publicado». A vueltas de la conversación, alude a su labor poética: «Así como el teatro lo he escrito siempre en colaboración con mi pobre hermano, la poesía la he cultivado aisladamente, quiero decir solo... Es algo íntimo, algo personal, difícil de comunicar a nadie, que no puede sentir como está sintiendo uno mismo...». En «La guerra literaria», libro que daba a conocer Manuel Machado tres décadas antes, compruebo que, efectivamente, en edad de hasta doce años tentó las dificultades de la rima y el ritmo, y que aprendió a leer en los versos de los romances, origen — según confiesa — de su afición, compartida por su hermano Antonio, por el teatro. El par de comedias referidas más arriba eran «El plato de las gallinas» y «La bolsa», inspiradas, sin conocer salvo los títulos, en «Les plaideurs», de Racine, y en «El avaro», de Molière, «tal como podían imaginarlas dos chiquillos que éramos nosotros». Y añade más adelante, semejante a con A. del Hoyo, que «quedó poco después interrumpida (la vocación teatral) por nuestra decidida dedicación a la lírica, en que toda colaboración es absolutamente imposible, monstruosa».

Sobre la poética de Manuel Machado falta todavía el estudio definitivo que pondrá de relieve las relaciones múltiples — en el espíritu de la letra y en la letra misma — que guardan sus cantares con la copla popular andaluza. Se adentró el poeta hacia el temple del verso tradicional con tanta compenetración como su padre explicaba, desde su cátedra de folklore en la Institución Libre de Enseñanza, la cotidiana lección de costumbres y leyendas del pueblo. Asimismo, en Antonio Machado existen abundantes poemas cuya impronta lírica arranca de idéntica veta. En la entrevista de «El Pirineo», el poeta recuerda una anécdota muy significativa respecto a la transmisión de algunos de sus versos: «...Fue una vez... en una fiesta... creo que en Sevilla...

Quisieron hacer cantar a una muchachita del pueblo... La pobre anunció que iba a cantar la mejor copla que se había escrito. Y mi sorpresa fue que aquella copla cantada era mía... Claro es — añade — que eso de la mejor copla que se había escrito era, a lo mejor, una opinión personal...».

Nuevo trabajo periodístico. Se trata del artículo «Fe y patriotismo de Machado», que Joaquín Arrarás publicó en «Los Sitios» el día nueve de febrero de 1947 como adiós al poeta, muerto tres semanas atrás. Este mismo texto se publicaría luego en «Hierro», de Bilbao (11-2-1947) y en «Libertad», de Valladolid (12-2-1947). También ahora transcribiré sólo los fragmentos que colaboran en aclarar (bien que mínimamente) la actividad literaria de Manuel Machado, aunque el artículo tienda con preferencia a presentarnos la imagen humana del poeta. Joaquín Arrarás tira una lanza contra el tópico de un Manuel Machado lírico superficial y menor, aspecto que defendiera, en otra ocasión, Gerardo Diego. Arrarás sostenía que en los trabajos sobre el poeta «ha habido un exceso de alusiones a los colmados, a la manzanilla y al escepticismo del andaluz con alma de árabe, y un injusto olvido para el hombre cristiano y patriota». Y reconoce que ««fue, en efecto, todo lo jacarero y bohemio y fatalista que se ha dicho, a veces con los versos del propio poeta» pero «pese a sus retazos de árabe y bohemio, a su gesto indiferente y a su desdén olímpico por tantas cosas, poseía un fondo religioso que era la verdadera esencia de su alma.»

La vida de Manuel Machado no se puede explicar sin extenderse constantemente sobre su hermano y gran poeta Antonio Machado. Lo comprendió en forma meridiana M. Pérez Ferrero al trazar una biografía conjunta de ambos poetas. Me parece indiscutible que la fuerza lírica de Antonio supera en profundidad a Manuel lírico. Pero tampoco puede afirmarse que Manuel Machado resulta pálida sombra frente a un Antonio Machado siempre más trascendente y superior. En último término, las obras teatrales que compusieron ambos reflejan más entonación de Manuel que de Antonio, a quien profesó su hermano un afecto entrañable, y cuya muerte en el hotel Quintana de Colliure, en febrero de 1939, recibiría el poeta con un dolor que ensombreció su semblante indefinidamente. Arrarás ya señaló, punto más punto menos, cuanto afirmamos: «Machado no era propenso a alegrías excesivas ni tampoco se rendía a pesimismo o pesadumbre a lo Leopardi.

Era un espíritu equilibrado con una tendencia al optimismo propia de un alma buena y sana, como era la suya. Sólo una sombra se proyectaba sobre su vida y, cuando esto ocurría, parecía doblegado por una ráfaga de dolor. Pasaba por su mente el recuerdo de su hermano Antonio, y lo que le atribulaba era no poder verle a su lado.»